

Militancia, archivo y novela de aprendizaje: el exilio adolescente en *Detrás del vidrio* de Sergio Schmucler

Por *Ulises* VALDERRAMA ABAD*

LA NOVELA *DETRÁS DEL VIDRIO* (2000), de Sergio Schmucler (1959-2019), aborda uno de los temas menos tratados en los estudios exiliarios, concretamente, sobre la última dictadura en Argentina, país de origen del escritor; nos referimos al exilio que una cantidad incierta de adolescentes vivió a raíz de la violencia de Estado. De inicio debemos diferenciar entre el exilio adolescente y el que experimentaron aquellos niños que acompañaron a sus padres al destierro. El segundo grupo formó parte de una emergencia familiar ya que, debido a su corta edad, los niños no eran buscados por la dictadura, sino sus familiares. El pequeño grupo al que nos referiremos en este artículo está constituido por todos aquellos adolescentes (en su mayoría menores de edad) que militaron activamente desde las escuelas de educación básica en organizaciones políticas como la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), que muchas veces servían de antesala para ingresar a grupos guerrilleros como los Montoneros, y quienes tuvieron que exiliarse por sufrir persecución política directa. Muchos de ellos fueron secuestrados, encarcelados, torturados y desaparecidos como miles de personas más.

Poco se ha hablado del exilio de militantes menores de edad que debieron huir de Argentina sin apoyo, algunos inclusive sin sus padres o cualquier otro familiar, pues no ocupaban puestos de mando dentro de las organizaciones guerrilleras. A diferencia de las cúpulas que contaron con una red de contactos y protección organizacional más sólida en el extranjero, los adolescentes militantes no fueron del todo protegidos, por lo que recurrieron a sus propios

* Doctorando en Estudios Latinoamericanos, con especialidad en literatura y crítica literaria latinoamericana, por la Universidad Nacional Autónoma de México; profesor de Literatura Iberoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras e integrante del Seminario de Estudios sobre Narrativa Latinoamericana Contemporánea de la misma institución; e-mail: <ulises_valderrama@hotmail.com>.

medios para salir del país y establecerse en algún lugar hasta que las condiciones políticas fueran favorables para el regreso (en caso de así decidirlo). Los cuadros formados por adolescentes constituyeron los eslabones más vulnerables dentro de la organización interna de las guerrillas de la década de los setenta a pesar de que sostenían al resto de la estructura (con los mismos riesgos de represión). Una prueba de lo anterior nos la brinda Abel, el protagonista, respecto de su hermano Pablo. Ambos militaban en la guerrilla montonera, sin embargo Pablo comenzaba a ocupar puestos de mando. En un pasaje de la novela, cuando los dos se encuentran en una casa de seguridad, Abel describe la estrategia a seguir en caso de una embestida sorpresa por parte de las fuerzas estatales:

Ante la menor amenaza de ataque, Pablo tenía que correr hacia el pasillo. Él comenzaría a disparar hacia la puerta y yo tiraría la primera granada. Desde allí, él iniciaría la retirada hacia la cocina, al patio y al techo por la escalera. Pablo primero porque tenía más nivel que yo. El cuadro inferior debe asumir la retaguardia y tratar de detener la fuerza enemiga todo el tiempo que pueda para que el cuadro superior se pueda escapar. No sé si hubiera dejado que yo me quedara cubriéndolo, pero ésa era la orden.¹

En una agrupación miliciana y, por ende, vertical como Montoneros, los cuadros inferiores debían proteger a los superiores, sin importar los lazos familiares y afectivos que hubiera entre sus miembros, como en este caso al tratarse de dos hermanos. Son precisamente los niveles inferiores, ocupados por adolescentes, a los que nos referiremos en este artículo.

Detrás del vidrio es la primera novela del escritor y cineasta Sergio Schmucler, quien en muchos de sus proyectos le dio especial importancia al tema del exilio por haberlo vivido en carne propia, como específicamente lo demuestran trabajos como el documental *Exilio*,² uno de los pocos filmes grabados en México con protagonistas argenmex,³ o su segunda novela *El guardián de*

¹ Sergio Schmucler, *Detrás del vidrio*, México, Era, 2000, p. 66. Todas las citas de la obra provienen de esta edición, en adelante sólo se indicará el número de página entre paréntesis junto a la cita.

² Sergio Schmucler, realización, guión e investigación, *Exilio: la experiencia argentina en México*, México, TV UNAM, 1996, 58 min., en DE: <<https://www.youtube.com/watch?v=ZwmhoCvpBDs>>.

³ El término *argenmex* designa a los argentinos que se identifican con una identidad híbrida construida a partir de lo vivido y aprendido tanto en su país de nacimiento

la calle Amsterdam,⁴ en la cual retoma el tema desde un punto de vista más amplio, pues no se limita al exilio latinoamericano, sino también al republicano español.

Ya hemos adelantado que *Detrás del vidrio* tiene como protagonista a Abel, un chico argentino de diecisiete años, que el 11 de agosto de 1976, en plena dictadura militar, se ve obligado a salir rumbo a México debido a que su vida corre peligro por ser militante de la Corriente de Izquierda Secundaria 8 de octubre (CIS-8), adscrita a la UES. El protagonista viaja sin su familia, su padre lo hará meses después con su nueva pareja, mientras su madre y su hermano se quedan en Argentina. Al llegar a México es acogido por la comunidad de refugiados, sin embargo, el trauma del exilio debe enfrentarlo solo. Abel atraviesa una serie de cuestionamientos identitarios y decisiones que deberá tomar, la más importante de ellas si volver o no a Argentina.

Por otro lado, su hermano Pablo decide abrazar la causa revolucionaria hasta las últimas consecuencias y pasa a la clandestinidad en el momento de mayor violencia en el país. Este hecho pone sobre la mesa la dicotomía exiliado/desaparecido en una misma familia, pues medio año después de llegar Abel a México dejan de tener noticias de Pablo. Durante mucho tiempo los exiliados fueron acusados de provocar la violencia en Argentina y después huir, dejando tras de sí una ola de represión y aniquilamiento no sólo contra las organizaciones guerrilleras, sino contra la población en general; sin embargo, ésta era una estrategia de los militares para justificar el terrorismo de Estado. Evidentemente dicha estrategia no se sostuvo a largo plazo, pero debieron pasar varias décadas para que a los exiliados se les reconociera como víctimas de la dictadura.

Asimismo, la figura del desaparecido, como reclamo colectivo, ganó fuerza en el espacio público y se convirtió en una bandera de lucha que encabezó las exigencias de justicia en los países sudamericanos. En la novela de Schmucler, la desaparición de Pablo y de algunos amigos causa a Abel una terrible angustia. En este sentido, la novela refleja la culpa de saberse vivo, con todas

como en México (lugar de acogida). Esta designación es adoptada especialmente por los exiliados hijxs, quienes pertenecen a una segunda generación con respecto al destierro de sus padres.

⁴ Sergio Schmucler, *El guardián de la calle Amsterdam*, México, Elefanta, 2014.

las complicaciones que conlleva el destierro, mientras toda una generación desaparece a la distancia.

En medio de ese sentimiento de culpa por estar lejos de casa Abel intenta llevar una vida “normal” en el entonces Distrito Federal: consigue un trabajo como bibliotecario, tiene su primera relación amorosa estable, se reúne con la comunidad de exiliados argentinos y, al mismo tiempo, se debate entre volver a su país (aún en dictadura) o buscar más responsabilidades y vínculos con México para quedarse. En plena etapa de adolescencia intenta definir su personalidad, replantearse sus filiaciones políticas y el rumbo de su futuro, dejando ver que tal vez nunca decidió razonadamente volverse militante y arropar la causa guerrillera, pues muchas de sus acciones fueron realizadas por influencia de su hermano y del entorno politizado que lo rodeaba: “No sé si fue que nunca me tomé con total seriedad la militancia o era que había ideas con las que cada vez estaba más en desacuerdo, pero siempre me sentí como caminando en la cuerda floja” (p. 42). La música que escuchaba, las personas que frecuentaba, la forma de vestir y comportarse, todo su universo se regía por la militancia; sin embargo, en el exilio el contexto es muy diferente, pues cuenta con una relativa tranquilidad que le permite reflexionar sobre su pasado y llegar a decisiones vitales.

Podríamos definir la narración de esta novela como un *collage* de recuerdos, pues su entramado es fragmentario y multiforme. Se construye de relatos escritos por el propio Abel, cartas tomadas “del portafolio negro” (donde guarda sus papeles más íntimos) y entradas de un diario de viaje entre 1976 y 1983. También encontramos poemas, listas de cosas por hacer, objetivos por cumplir y lugares que visitar, el *curriculum vitae* de “un revolucionario secundario, argentino montonero”, pensamientos vagos y, en general, un cúmulo de memorias interrelacionadas que dan cuenta de las preocupaciones y vivencias de un adolescente lejos de su patria.

Para terminar este esbozo sobre la novela, podemos decir que su título refleja directamente la situación que vive Abel durante su exilio. Al inicio el protagonista se encuentra en la sala de espera del aeropuerto de Ezeiza observando cómo sus padres lo despiden, él parece ajeno a la situación, observa todo “detrás del vidrio”. Es ahí donde permanecerá buena parte de la trama, detrás de un vidrio que deja ver imágenes borrosas y sugerentes (recuerdos). Al estar

detrás de este artefacto (en el exilio), el tiempo transcurre de forma dislocada y fragmentaria entre el presente, el pasado y un posible futuro; entre la supervivencia, la memoria y los intentos de planes pendientes. El vidrio que separa a Abel de Argentina le permite ver lo que hay al otro lado, pero le impide interactuar con ello; puede ser una protección, como el destierro para salvar la vida, y al mismo tiempo una barrera de contención, consecuencia del exilio.

Abel debe leer y acomodar sus recuerdos en ese portafolios negro para entender lo que ocurre del otro lado del vidrio y no quedar encerrado en su propia trampa. No hay respuestas correctas que surjan de las paradojas del exilio, únicamente decisiones que deben ser afrontadas. *Detrás del vidrio* conjuga los conflictos de la violencia, la memoria y el exilio con los del desamparo, la incertidumbre y el aprendizaje de un adolescente militante en plena transformación.

1. *El viaje de Abel: la novela de formación*

COMO hemos mencionado, Abel emprende el viaje al exilio en medio de una serie de cambios propios de la adolescencia, lo cual hace indispensable estudiar el texto a partir de lo que la crítica ha denominado novela de aprendizaje o *Bildungsroman*. Tal género se centra en la formación de un personaje joven que a lo largo de su historia atraviesa una serie de sucesos que se verán reflejados en su desarrollo físico, psicológico, moral y social.⁵ En el caso concreto de Abel, debemos agregar su formación política en los cuadros para jóvenes de la guerrilla montonera, organización que buscaba la toma del poder por medio de las armas y acciones militares. La novela de formación suele abarcar un periodo que va de la infancia o adolescencia hasta llegar a una madurez que transforma al personaje principal y lo inserta en la sociedad.

Manuel López Gallegos, estudioso del tema, señala tres características principales de estas obras: la primera, ya mencionada, se refiere a la juventud de los protagonistas; la segunda nos habla del conflicto que vive el personaje, el cual se verá marcado por diversos acontecimientos que le dejarán un aprendizaje, podría decirse que

⁵ Manuel López Gallego, “*Bildungsroman*: historias para crecer”, *Tejuelo. Didáctica de la Lengua y la Literatura. Educación* (Consejería de Educación y Cultura del Gobierno de Extremadura), núm. 18 (2013), pp. 62-75, p. 63.

el mundo es su maestro, y experimenta un contraste entre la vida que tiene y la que quisiera. La tercera característica de “este tipo de novelas no contempla la muerte del héroe y suele terminar con un final feliz o, al menos, un final que no suponga para el protagonista daños irreparables”.⁶ Es en este último punto donde *Detrás del vidrio* se desmarca de lo dicho por López Gallegos y cobra tintes particulares, pues resulta difícil afirmar que la desaparición de Pablo sea un hecho reparable para Abel y su familia y todavía menos podríamos decir que el final de la historia se acerca a la felicidad. En las últimas páginas del libro Abel refleja un gran desconsuelo: “Nunca pude recuperar nada; quedó un hueco, así para siempre. Así para siempre un hueco que no se llena con nada, que a veces parece no existir, pero que no deja de estar” (p. 164).

En un principio, la militancia del protagonista está estrechamente relacionada con su familia. La principal figura a seguir es su hermano Pablo, apenas unos años mayor que él, aunada a la influencia de su padre, quien también desempeña un papel importante en su formación política. Con la vuelta de Perón, en 1973, su padre olvida su antiperonismo y junto con sus hijos se vuelca a la causa que en ese momento parecía ser sinónimo de revolución: “para Pablo y para mí era un gran orgullo saber que era un compañero de militancia, nos sentíamos más cerca suyo [...] Ahora casi todos estábamos juntos: mi papá, mi hermano, Perón, las FAR, los Montoneros” (pp. 21-22).

La formación política y militar de Abel inicia en el colegio secundario Dean Funes, donde poco a poco va destacando hasta volverse presidente del Centro de Estudiantes, con la guía de su hermano, y comienza a prepararse para ingresar a las filas de Montoneros (escalafón natural dentro de la UES). La militancia forma su imagen pública, es un escaparate para hacerse notar entre sus compañeros: “Yo disfrutaba siendo el presidente, me daba una imagen que no tenía nadie más en la escuela” (p. 41). Empero, a la par, sus ideas políticas se mezclan con las necesidades de exploración propias de la adolescencia, como el profundo deseo por tener una novia e iniciarse en la vida sexual.

Así, su personalidad se va moldeando por la influencia familiar y social. Para Abel, ser militante y revolucionario se convierte en un estilo de vida; en esta primera etapa su proceso de formación se

⁶ *Ibid.*

asocia al militarismo, como él mismo lo refiere: “Hay una manera revolucionaria de mirar, de reír, de comer, de bañarse, de orinar. Se es revolucionario en la cama, en la calle, en la escuela, en el cine; se respira revolucionariamente, se camina revolucionariamente” (p. 20). Y más adelante puntualiza: “No se fumaban las mismas marcas de cigarrillos si se era peronista. No se caminaba por las mismas calles, aunque fueran las mismas. Ser peronista era estar en contacto con gente que no era como uno y ser montonero era ser parte del movimiento” (p. 25).

Las acciones guerrilleras de Abel entran en una espiral ascendente que comienza a raíz de pequeñas peticiones de su organización militante dentro del colegio. Posteriormente sus actos se van radicalizando en forma de intervenciones políticas en espacios públicos, como pintas en las calles, detonaciones de artefactos explosivos con panfletos, bombas molotov en establecimientos comerciales, quema de llantas en espacios públicos para crear caos; finalmente, se ve orillado a entrar en la clandestinidad junto a su hermano y ambos se cambian el nombre: Abel será Nipur y Pablo se llamará Cristo (el que está destinado a entregar su vida por los demás).⁷ Sin embargo, a diferencia de Pablo, Abel no tiene una convicción política férrea, vive lleno de dudas con respecto al proyecto guerrillero, mismas que lo van llevando a cuestionarse su participación:

No sé si fue que nunca me tomé con total seriedad la militancia o era que había ideas con las que cada vez estaba más en desacuerdo, pero siempre me sentí como caminando en la cuerda floja [...] Pablo, el Cabezón, el negro Walter entendían la lógica de todo y se enojaban conmigo cuando yo cuestionaba el militarismo. Si hacía una crítica me descalificaban por no comprender las necesidades de la coyuntura y me terminaban acusando de reformista o liberal (pp. 42-43).

Algunas estudiosas de la literatura han empleado el término “*Bildungsroman* fracasado”⁸ para hablar de novelas que no cumplen

⁷ Pablo cambiará dos veces de nombre en la novela, la segunda vez se llamará Fernando.

⁸ Véase Carmen Gómez Viu, “El *Bildungsroman* y la novela de formación femenina hispanoamericana contemporánea”, *EPOS. Revista de Filología* (Madrid, UNED), núm. 25 (2009), pp. 107-117; Edna Aizenberg, “El *Bildungsroman* fracasado en Latinoamérica: el caso de *Ifigenia* de Teresa de la Parra”, *Revista Iberoamericana* (ILLI), vol. LI, núm. 132-133 (julio-diciembre de 1985), pp. 539-546; y Rita Gnutzmann Borris, “El *Bildungsroman* en tiempos difíciles: *Una luz muy lejana* y *El oscuro* de Daniel Moyano”, *Biblioteca*

a cabalidad las características del género, incluso se ha empleado este concepto para estudiar obras canónicas latinoamericanas como *El juguete rabioso* (1926) de Roberto Arlt, *La tumba* (1964) de José Agustín o *Los cachorros* (1967) de Mario Vargas Llosa. Sin embargo, en el presente trabajo prefiero mantener el término de novela de formación y señalar algunas particularidades de *Detrás del vidrio* que nos llevarán a pensar en un tipo de novela adaptada a Latinoamérica que no puede/debe ser igual al *Bildungsroman* europeo tradicional. En la novela que estudio no se sigue una sola vía de aprendizaje que busque insertar al protagonista en la sociedad y termine con un final complaciente.⁹ Es decir, la novela de formación latinoamericana daría lugar a que el aprendizaje de la adolescencia tome caminos inesperados, incluso que llegue a rechazar lo previamente aprendido como, en este caso, cuando Abel renuncia a su militancia política.

Si en la novela de aprendizaje la formación social y moral es el punto central, en *Detrás del vidrio* el exilio de Abel lo lleva a cambiar su concepción militarista del mundo. Pues, hasta entonces, su vida estaba regida por un proyecto revolucionario concreto: la guerrilla como un camino hacia la justicia social y la toma del poder en Argentina. Su hermano, amigos, las mujeres que le gustaban, sus lecturas, la música que escuchaba, en fin, todo el entorno estaba inserto en el proyecto revolucionario del que Abel formaba parte. Sin embargo, al llegar a México comienza su propio camino de madurez. Sin familia y con unas cuantas pertenencias, entre ellas el portafolios negro del que nos ocuparemos más adelante, Abel reformula su concepción teórica de la militancia, se aleja del proyecto montonero y toma sus propias decisiones (a veces contrarias a su estilo de vida en Argentina) sin miedo a ser castigado por sus antiguos superiores o criticado por sus amigos.

De esta forma, Abel se torna crítico no sólo de la apuesta militar guerrillera, sino también, y especialmente, de los militantes exiliados que intentaban realizar trabajo político a distancia, imitando las formas revolucionarias en tierras lejanas. El protagonista siente rabia porque todos ellos militan sin peligro, mientras su hermano

Virtual Miguel de Cervantes, en DE: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-bildungsroman-en-tiempos-dificiles-una-luz-muy-lejana-y-el-oscurito-de-daniel-moyano/html/81b11858-a0fb-11e1-b1fb-00163ebf5e63_4.html>. Consultada el 21-XII-2021.

⁹ Utilizo la palabra “complaciente”, por no decir “feliz”, como lo hace Manuel López Gallego en el trabajo antes citado.

Pablo está en Argentina luchando en la clandestinidad por la revolución y arriesgando su vida:

estos hijos de puta que venían a hacerse los muy Montoneros pero aquí en México, porque allá estaba Pablo escapándose de los balazos que le rozaban el oído, estaba él confiando en el Proyecto, estaba para volverse mártir, o héroe, o simplemente muerto, mientras acá podíamos cantar las canciones que tuviéramos ganas y poner las banderas que quisiéramos. Cada uno de los que estaban ahí, cantando, sonriendo, alegres de estar fuera del país, de estar con vida, me provocaban una sensación amarga [...] vuélvanse, vayan a decirle a Pablo que están con él, que son muchos, que van a ganar, pero allá, hijos de puta, porteños hijos de puta, Montoneros hijos de puta [...] los van a matar a todos y ustedes se van a salvar, ustedes que están acá y comen empanadas y toman vino y hablan de la resistencia al gobierno militar. Hijos de puta, mil veces hijos de puta que no entienden nada, que dejaron solo a Pablo y a Walter, que no pueden dejar de creer en el proyecto como si el proyecto fuera la vida misma (pp. 84-85).

Valga esta extensa cita para ejemplificar el descrédito de Abel hacia quienes “luchan” en México por “el proyecto”, mas no hacia los que entregan sus vidas por éste en Argentina. La lucha a la distancia le parece acartonada y presuntuosa, el verdadero peligro está dentro del país y quienes lo sufren son los compañeros que se quedaron a defenderlo, entre ellos su hermano. La cita es en sí misma contradictoria, cuanto y más porque el propio Abel ha dejado de militar en México y, a su vez, de creer en el proyecto montonero, es decir, no pertenece a ninguno de los bandos que menciona, sino al que él mismo ha decidido. Uno en el que la justicia social sigue siendo importante, pero no a costa de la vida de quienes la defienden.

Este rasgo crítico es una muestra de la madurez que Abel alcanza en el exilio y que culminará al independizarse de Pablo. En una carta escrita por éste, fechada el 14 de octubre de 1976, le cuenta a Abel el profundo vacío que le ha dejado su ausencia, a tal punto de sentir que le han amputado un miembro: “a veces tenía la sensación de que me faltaba un brazo, o una pierna, o la mitad de la cara” (p. 94). Pero el dolor más intenso para Pablo lo causa la separación de sus vidas; desde su punto de vista, el exilio de Abel es una gran falta no sólo a su relación de hermanos, sino también hacia sus compañeros de militancia, lo cual, quizá, sea aún más grave. Sin embargo, Abel se desmarca de esta acusación y reafirma su independencia, dolorosa a la vez que emancipadora respecto del pasado.

En la misiva de respuesta, fechada el 18 de octubre de 1976, Abel reconoce que Pablo fue su guía, un ejemplo a seguir, pero ahora se defiende y le comparte sus puntos de vista, que no concuerdan con los de su hermano (y superior jerárquico); critica las acciones guerrilleras que realizaron y se niega a regresar a menos que haya un cambio de fondo y puedan trabajar en un proyecto distinto: “Sin duda algo de todo esto falló; todas las decisiones (creo que es así) las tomamos juntos, esto no [el exilio]. Todo lo hicimos juntos, esto no” (p. 97). De tal forma, la decisión de salir de Argentina, aunque impulsada por sus padres, es lo que individualiza a Abel, lo hace comenzar su propio camino en el destierro y apartarse de la militancia guerrillera, con todo el dolor que conlleva separarse de su patria, de sus compañeros, de su madre y su hermano. Es el inicio de un viaje de aprendizaje individual.

Después de un tiempo, Abel recibirá la noticia de la desaparición de Pablo y, tras un corto regreso a Córdoba, más que para buscar a su hermano, como lo hará incansablemente su madre, parece despedirse de su pasado. Así, se cierra el ciclo de aprendizaje, pues ahora tiene un trabajo en México, una pareja estable y vive en una ciudad de la que se siente parte. La integración del protagonista a la sociedad se ha dado, como marcan los cánones del *Bildungsroman*, pero no de una forma transparente y superficial, sino atravesada por el dolor y la pérdida de su familia. Sin quedarnos en distinciones maniqueas podemos decir que no es un final “feliz”, tampoco “triste”, lo importante es que Abel logra su autodescubrimiento y la independencia dictada por la novela de aprendizaje, pero en el contexto latinoamericano, siempre conflictivo: “Me olvidé de la revolución. Ya no creo que haya que dar la vida para cambiar el mundo. Me olvidé de la revolución, de que había un pueblo y socialismo y patria o muerte y liberación o dependencia, y todas las palabras y las frases y las consignas que fueron tan importantes” (pp. 161-162).

2. *El portafolios negro: un archivo clandestino en el exilio*

EN la sala de espera del aeropuerto de Ezeiza, en Buenos Aires, mientras Abel aguarda el llamado para abordar el avión que lo llevará a México, mira a sus padres detrás de un vidrio, a pesar de

haberse divorciado, ambos acuden a despedirlo. Su padre es un hombre alto, rubio y con lentes, mientras que su madre es pequeña y de ojos verdes, esa será la última imagen de ellos que se llevará al exilio. Su hermano Pablo, para entonces en la clandestinidad, se ha quedado en Córdoba, haciendo caso omiso a la insistencia de sus padres para que también salga de Argentina. En la puerta de migración hay un militar al que el protagonista teme ante “la posibilidad de alguna lista que [el militar] podría revisar” (p. 13) y, entonces, frustrar sus planes de exilio.

Su equipaje no es voluminoso. ¿Qué pertenencias podrían elegirse para salir al destierro? Abel lleva una guitarra y una flauta dulce, un saco de dormir, un equipo para cebar mate y algo de ropa. Entre estas cosas destaca un objeto que resguarda “aprisionado” bajo el brazo derecho, se trata de un portafolios negro de doble fondo en el que unos meses atrás transportaba papeles secretos de la organización y que ahora resguarda los documentos que le restituyen su identidad pública después de la clandestinidad; sin ellos no podría salir de Argentina ni entrar a México: “el pasaporte, la visa de turista mexicana, el documento nacional de identidad, la cédula federal, la libreta de calificaciones del primer año de Electromecánica, el permiso de mis padres para viajar sin ellos, un acta de nacimiento certificada por el cónsul mexicano en Buenos Aires” (*ibid.*). El portafolios, también clandestino, se convierte en el depositario de su destino y en el salvoconducto para partir al exilio.

Este elemento acompañará a Abel durante el destierro y se convertirá en un espacio de seguridad, en la guarida de sus memorias y esperanzas, en el objeto que conservará en su interior las reminiscencias del pasado. Un archivo del exilio integrado por cartas, poemas, entradas de diario, itinerarios de viaje, listas de planeación, canciones, notas de sueños y otros escritos en los que queda plasmada su experiencia fuera de Argentina: “Todavía guardo en ese portafolios negro todo lo que considero absolutamente íntimo. Se volvió mi caja fuerte, el espacio minucioso de mis secretos” (p. 14).

Podemos asegurar que la relación entre archivo y literatura se ha vuelto cada vez más recurrente en las letras contemporáneas, si bien estudiosos como Roberto González Echeverría la encuentran desde el nacimiento mismo de las letras americanas con los pri-

meros documentos del “descubrimiento”.¹⁰ De más está señalar la presencia y el valor del archivo *para* escribir literatura sobre episodios violentos en Latinoamérica tanto como un elemento *dentro* de la propia ficción.¹¹ Ahora bien, si en la novela de Schmucler el archivo está formado por los papeles del portafolios negro, resulta imprescindible referir a una de las primeras definiciones dada por Covarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana* de 1611, donde consigna: “ARCHIVO. Archivum. El cajón o armario donde se guardan las escrituras originales, privilegios y memorias”.¹² Ya desde esta definición del vocablo, el archivo se considera un receptáculo de escritos y memorias, objetos culturales como los que lleva Abel bajo el brazo en el portafolios negro.

Paula Klein nos brinda otra definición más actual y ortodoxa del término que, si bien no guiará este trabajo, resulta interesante revisar: “Entendido como un conjunto de documentos, el archivo se define por su emplazamiento en un espacio físico determinado y por su carácter institucional”.¹³ Esta definición contempla únicamente los archivos institucionales que están localizados en un espacio determinado y dependen de una administración centralizada. El portafolios de Abel no se ajusta a estas características pues resulta ser un archivo personal, íntimo, heterogéneo e itinerante, construido en el exilio a medida que el protagonista acumula papeles que lo acompañan en esta etapa de formación como individuo.

En tal sentido, la apertura teórica de Michel Foucault empalma más con el archivo exiliado de Abel, el cual se mantiene al

¹⁰ Véase Roberto González Echevarría, *Mito y archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*, México, FCE, 2012.

¹¹ Para ahondar en la discusión sobre archivo y literatura-arte véase también Valeria Añón, “Los usos del archivo: reflexiones situadas sobre literatura y discurso”, en Frida Gorbach y Mario Ruffer, coords., *(In)disciplinar la investigación: archivo, trabajo de campo y escritura*, México, Siglo XXI/UNAM-Xochimilco, 2016, pp. 251-274; Arlette Farge, *La atracción del archivo*, trad. de Ana Montero Bosch, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1991; Florencia Garramuño, “Obsolescencia, archivo: políticas de la sobrevivencia en el arte contemporáneo”, *Cuadernos de Literatura* (Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana), vol. xx, núm. 40 (julio-diciembre de 2016), pp. 56-68.

¹² Don Sebastián de Covarrubias, *Suplemento al Tesoro de la Lengua Castellana*, en Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España, en DE: <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000141054>>. Agradezco al archivista e historiador Israel Gardida por la ayuda brindada con la paleografía del documento digital.

¹³ Paula Klein, “Poéticas del archivo: el ‘giro documental’ en la narrativa rioplatense reciente”, *Cuadernos LÍRICO. Revista de la Red Interuniversitaria de Estudios sobre las Literaturas Rioplatenses Contemporáneas en Francia*, núm. 20 (10 de julio de 2019), pp. 1-13, p. 6, en DE: <<https://journals.openedition.org/lirico/8605>>. Consultada el 3-XII-2021.

margen de las instituciones formales y los papeles contenidos en un edificio:

Por este término, no entiendo la suma de todos los textos que una cultura ha guardado en su poder como documentos de su propio pasado, o como testimonio de su identidad mantenida; no entiendo tampoco por él las instituciones que en una sociedad determinada, permiten registrar y conservar los discursos cuya memoria se quiere guardar y cuya libre disposición se quiere mantener.¹⁴

Para el filósofo francés, en su forma más pura, el archivo se conforma a nivel cultural y transhistórico, es la suma de enunciados y acontecimientos de los que se compone la cultura misma. Sin embargo, en el plano tangible, coincide en que está creado por objetos, papeles e historias que necesitan ser ordenadas, mas no resguardadas en un edificio, para que “todas esas cosas dichas no se amontonen indefinidamente en una multitud amorfa”.¹⁵ De esta manera, debemos hacer notar que en la novela de Schmucler el portafolios negro ha sido ordenado cronológicamente por Abel y, principalmente, dividido en cartas (enviadas/recibidas) y en entradas de diario escritas en México. Así que Abel no sólo cumple la función de archivista de su exilio, sino también de la vida de sus amigos, de su familia y de una historia, marcada por la violencia, que podríamos llamar transnacional pues no se ciñe a los límites de una frontera.

El portafolios aparecerá a lo largo de la novela, abriéndose y cerrándose a fin de mostrar al lector algunos documentos importantes. De esta manera, en la segunda parte, la voz narrativa será guiada por los papeles del archivo, haciendo posible seguir los pasos del protagonista desde su llegada a México —cuando en una carta del 23 de agosto de 1976 le cuenta a su amigo Mate sobre el trabajo que ha conseguido como bibliotecario en un organismo de la ONU— hasta poco antes de la desaparición de su hermano Pablo —cuando en una misiva del 31 de enero de 1977, su madre, Ana, expresa el profundo estado de depresión que atraviesa por el alejamiento de su primogénito: “no pensar, no soñar. Dormir sólo

¹⁴ Michel Foucault, *La arqueología del saber*, trad. de Aureliano Garzón del Camino, México, Siglo XXI, 1979, p. 219.

¹⁵ *Ibid.*, p. 220.

dormir” (p. 137). En contraposición a la férrea decisión de Pablo de no salir del país, Ana nota distinto a Abel y, precisamente, las cartas del portafolios negro dan cuenta de esta evolución que hemos mencionado en el apartado anterior: “No te imaginás Abel cómo has cambiado, cómo yo creo que has crecido, madurado, de la primera carta a la última hay una gran distancia” (p. 138).¹⁶ El lazo familiar entre Ana, Abel y Pablo está constituido por las cartas, formando un hilo invisible de palabras que los mantiene cerca, aunque físicamente estén en tres polos distintos. Ana confía en el poder de la palabra, pues constantemente le pide a Abel que no deje de escribirle a Pablo, a fin de hacerlo entrar en razón y lograr que abandone la militancia.

En la tercera y cuarta parte de la novela la voz narrativa de Abel se retoma y los papeles del portafolios se vuelven esporádicos, la mayoría asociados a entradas de su diario, pero siguen siendo importantes. Así nos enteramos de la desesperación de Ana por saber desaparecido a Pablo, de la tristeza e impotencia que siente Abel por no haber ayudado a su hermano, de la extorsión de un policía que les pide dinero a cambio de rescatarlo y, finalmente, del regreso de la mayoría de exiliados tras la caída de la dictadura.

Éstas son las reminiscencias del pasado que conserva el archivo exiliado, siempre fragmentario e incompleto, pues a diferencia de una narración lineal, el portafolios negro deja una serie de huecos en la historia (cartas sin respuesta y días en los que el protagonista no escribe en su diario). Sin embargo, nosotros como lectores nos convertimos en usuarios del archivo de Abel y debemos trabajar con los restos del pasado para reconstruir su historia de militancia y exilio.

En esta novela el portafolios negro del protagonista tiene un papel central para resaltar el lugar de los archivos personales como vestigios íntimos que guardan las huellas del pasado, de la violencia y de todo aquello que fue testigo (directa o indirectamente) de la historia. Los papeles son aquí objetos de memoria que constituyen una narración para quien esté dispuesto a leerlos y hallar la sintaxis del pasado. El archivo íntimo de Abel conforma apenas una his-

¹⁶ Resulta interesante que Ana, la madre de Pablo y Abel, también cree un pequeño archivo personal integrado por las cartas enviadas de su hijo desde el exilio; las enumera y las titula “De México, con amor”.

toria sobre la historia, una entre muchas posibilidades narrativas que puede darnos, pues la subjetividad y sensibilidad de quien lo consulta y lo “lee” quedan plasmadas en su interpretación.

La lectura del conjunto de papeles funda una poética del exilio, de los archivos viajeros, de las palabras que cruzan fronteras hasta encontrar un destino. El portafolios negro de Abel trae consigo el sello del destierro, la estética de la violencia y la muerte, pero también la alegría del crecimiento, del aprendizaje y la esperanza en un nuevo proyecto de vida más allá de las expectativas puestas sobre el personaje.

3. Militancia y exilio adolescente

EN los apartados anteriores hemos hablado de la formación del protagonista y de las reminiscencias del pasado que conservan los archivos itinerantes, ambas temáticas se conjuntan en una tercera que sirve de fondo, me refiero a la militancia y al exilio adolescente. Historias como la de Abel son, quizá, uno de los capítulos menos estudiados en torno a las consecuencias de la última dictadura argentina. Hemos de señalar que el exilio en sí mismo se ha ido abriendo camino gradualmente dentro de las luchas políticas y los estudios sociales para ser reconocido en la esfera pública como un hecho traumático consecuencia de la dictadura. Sin embargo, el exilio adolescente presenta la particularidad de estar a medio camino entre el destierro de los adultos, que fue mayoritario, y el de niños que salieron del país a una corta edad con sus padres o que, incluso, nacieron en el extranjero.¹⁷ Estos niños y niñas exiliados suelen ser considerados como parte de una segunda generación de víctimas de la dictadura, con sus propias particularidades. Baste mencionar el caso de la organización HIJOS (Hijos e Hijas por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), una de las más conocidas por su trabajo político/cultural y de denuncia en el ámbito público.

Asimismo, en los estudios literarios hablar de posmemoria es hablar de una segunda generación de escritoras y escritores, cuyos

¹⁷ Consideramos también exiliados a los niños y niñas nacidos en el extranjero que siendo todavía pequeños volvieron a Argentina con sus padres, pues, a la distancia, muchos de ellos mismos así se consideran. En este caso, los países donde vivieron el exilio forman parte de su primera infancia como un recuerdo lejano.

recuerdos se fusionan con los heredados de sus mayores. Sobre esta segunda generación, Mariana Peller señala que: “En varias de [sus] producciones no sólo se trata de la militancia de las madres y los padres, sino que en su trama la historia de los antecesores es desplazada del centro de la escena para generar aperturas hacia la interrogación sobre el lugar ocupado por los hijos y las hijas durante los años de la militancia revolucionaria y la dictadura”.¹⁸ De esta forma, hablar de una segunda generación muchas veces consiste en fijar la mirada en protagonistas infantiles y cruzar sus vagos recuerdos con una lectura del pasado desde el presente o bien pueden ser reinterpretaciones del pasado con mecánicas exploratorias.

Sergio Schmucler forma parte de una generación intermedia de adolescentes que vivieron el exilio en plena etapa de formación. No pertenecen propiamente a la primera generación, pues muchos de ellos eran menores de edad, y tampoco a la segunda, porque no eran tan pequeños como para heredar la memoria de los adultos (posmemoria), sino algo muy parecido a lo que Susan Rubin Suleiman ha dado en llamar Generación 1.5: “Por generación 1.5 me refiero a niños sobrevivientes del Holocausto, muy jóvenes para haber tenido una comprensión adulta de lo que les estaba ocurriendo, pero lo suficientemente mayores para haber estado durante la persecución nazi de los judíos”.¹⁹ En un marco conceptual semejante, podríamos decir que Abel pertenece a una Generación Intermedia²⁰ entre quienes eran adultos al exiliarse en México y quienes fueron traídos por sus padres a una muy corta edad o nacieron en el exilio. La Generación Intermedia estaría formada por adolescentes que conservan sus propios recuerdos y, en algunos

¹⁸ Mariela Peller, “Memoria, infancia y revolución: reescrituras del pasado reciente en la narrativa de la generación de la post-dictadura”, p. 3, ponencia presentada en las VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, realizadas en Ensenada, Argentina, del 3 al 5 de diciembre de 2014, en *Memoria Académica. Repositorio Institucional FAHCE-UNLP*, en DE: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4473/ev.4473.pdf>. Consultada el 14-XII-2021.

¹⁹ “By 1.5 generation, I mean child survivors of the Holocaust, too young to have had an adult understanding of what was happening to them, but old enough to have *been there* during the Nazi persecution of Jews”, Susan Rubin Suleiman, “The 1.5 Generation: thinking about child survivors and the Holocaust”, *American Imago* (Johns Hopkins University Press), vol. 59, núm. 3 (otoño de 2002), pp. 277-295, p. 277. Las cursivas son del original. La traducción es mía.

²⁰ Me decanto por el nombre de Generación Intermedia, por no utilizar la numeración decimal 1.5 de Suleiman, pues considero que en cierta medida despersonaliza a las y los integrantes de dicho grupo social, sin embargo, no deja de ser provechosa su mención.

casos como el presente, salen al exilio como consecuencia de sus acciones, no de la de sus familiares adultos.

Por otro lado, Daniel Korinfeld es uno de los pocos estudiosos que ha hablado del exilio adolescente.²¹ En su trabajo menciona que la mayoría de jóvenes exiliados no eran “particularmente notables” dentro de las organizaciones políticas a las que pertenecían, pues conformaban la base militante de agrupaciones verticales que se inclinaban a proteger a los altos mandos para salvaguardar la supervivencia de la estructura.²² En sus propias palabras, se trataba de “exiliados poco connotados [...] no [era] ésta la élite de los exiliados en ningún plano: ni direcciones políticas de las agrupaciones, ni intelectuales dueños de un nombre en el campo cultural, ni profesionales capaces de reinsertarse en alguna actividad laboral específica”.²³ Lo anterior no significa que no tuvieran apoyo de ningún tipo, sólo que éste no venía de la organización militante a la que pertenecían, sino que recaía en familiares y amigos que se convertían en su principal red de ayuda (casi siempre a la distancia). De ahí que Abel viaje a México con Lucía y Antonia, dos amigas de la familia, de catorce y diez años, respectivamente, cuyo padre se encontraba ya exiliado y los recibiría. A partir de entonces Abel no vuelve a tener contacto directo con la UES ni con Montoneros.

Ahora bien, la incursión de Abel en la militancia se dio en gran medida para buscar el reconocimiento de Pablo y lograr estar cerca de su padre (divorciado de Ana, su madre). Más allá de la imagen pública que la organización le brindaba, de la cual ya hemos hablado, volcarse a la vida política era una manera de pertenecer a ese grupo de luchadores sociales de los que su familia formaba parte tradicionalmente: sus abuelos judíos habían sufrido la persecución nazi, debido a lo cual llegan a Argentina; su padre, militante del Partido Comunista, quedó en el desamparo mientras estudiaba en el extranjero a causa de la dictadura de Juan Carlos Onganía (1966-1970); y su hermano se convirtió en guerrillero durante la

²¹ Daniel Korinfeld, *Experiencias del exilio: avatares subjetivos de jóvenes militantes argentinos durante la década del setenta*, Buenos Aires, Del Estante, 2008 (Serie *Improntas*).

²² Baste recordar el exilio del dirigente montonero Mario Firmenich en Italia, México y Cuba (como huésped de Fidel Castro) durante la dictadura.

²³ Korinfeld, *Experiencias del exilio* [n. 21], pp. 13-14.

transición a la fugaz democracia peronista de los años setenta. De una u otra forma, todos habían tenido que organizarse y luchar por sus ideales políticos. Es por eso que Abel sigue el camino natural por el que lo guía su entorno y se muestra entusiasmado cuando su padre se vuelve peronista y se une al proyecto montonero para apoyar el regreso de Perón: “Todos entrábamos bajo las enormes alas del ángel [de la revolución] que revoloteaba sobre nuestras cabezas” (p. 22).

Ser adolescente y militante significaba formar parte del gran grupo de personas que buscaban un cambio y veían al ángel de la revolución “revoloteando” sobre sus cabezas, todos juntos luchando por construir un mejor lugar para vivir. Lo que el protagonista no sabía era que cada uno entendía esos conceptos a su manera y sólo vendría a descubrirlo más adelante cuando el propio Perón, por quien habían luchado fervientemente, echara a los Montoneros de la Plaza de Mayo llamándolos “estúpidos que gritan” e “imberbes”.²⁴ En su proceso de incursión guerrillera, la figura de Pablo orbita permanentemente como ejemplo de un revolucionario comprometido: “tenía que ser grande como Pablo, y ser grande y ser como Pablo era [...] ser militante, y ser militante era también ser un buen hijo: iba a luchar para que los sueños de mis padres se hicieran realidad” (p. 26).

Ahora bien, la mirada de Abel se va tornando crítica respecto de la rigidez de las organizaciones guerrilleras, pues comienza a ver errores en la forma de dirigir el movimiento, como el alejamiento de la sociedad civil por miedo, la militarización de la agrupación y el recrudecimiento de los castigos a los compañeros en caso de incurrir en faltas menores. Lo que traía como consecuencia que la imagen de la UES/Montoneros comenzara a asociarse a la violencia y, por ende, a perder el apoyo popular, sostén de sus acciones en el ámbito público: “hablábamos más de acciones militares y menos de reivindicaciones estudiantiles. Más nos acosaban desde el gobierno y nosotros más nos encerrábamos y al encerrarnos más se militarizaba el funcionamiento interno de la agrupación” (p. 42).

²⁴ Este episodio sucedió el 1º de mayo de 1974 y representó el quiebre de la relación de las juventudes peronistas con el mandatario, lo que aceleró el proceso de guerra armada y clandestinidad de las guerrillas. Dos meses después fallecería Perón, dejando en la presidencia a su esposa Isabel y, tras bambalinas, a uno de sus hombres de mayor confianza, José López Rega, jefe de la Triple A.

La consecuencia natural al aislamiento del proyecto montonero resultó ser la incursión en la clandestinidad, el cambio de nombres, el abandono de sus hogares y, en el caso del protagonista, cortar el proceso “natural” de su desarrollo adolescente. Para Abel, la vida dejó de ser una experimentación de prueba y error, pues la militarización les exigía controles estrictos, protocolos de comunicación, preparación ideológica, física y armamentística constante, la más mínima falla podía tener como consecuencia un compañero apresado, torturado, asesinado o desaparecido.

Todo lo anterior en medio de cambios constantes a nivel personal, acusaciones en el espacio público y, sobre todo, un permanente sentimiento de culpa en los jóvenes exiliados. Korinfeld lo señala de la siguiente manera:

Se trataba de [...] figuras inestables, cambiantes, cargadas de rasgos contradictorios, atrapadas entre la fórmula del exilio dorado difundida por los militares en el gobierno como una acusación, que terminaba asociada a la cuestión central de los desaparecidos, y las imágenes corrientes entre los exiliados [...] que rozaban aquella de la deserción, cuando no la de la traición.²⁵

Abel no estuvo exento de estas acusaciones, el portafolios negro da cuenta de ello en una carta de Pablo, escrita el 14 de octubre de 1976, en donde le recuerda una frase atribuida a Perón: “Miedo se tiene siempre, pero lo importante es tener más vergüenza que miedo” (p. 95). El principal reproche que le hace su hermano es haberse marchado a México, mientras en Argentina la gente seguía sufriendo. Para Pablo resulta una traición imperdonable recurrir al exilio: “Me voy a ir del país el día en que los veinticinco millones de argentinos decidan irse” (p. 95). Él se siente traicionado por Abel, desde su perspectiva, todo lo que habían construido juntos se derrumba con su salida, la idea de una vida paralela termina y con ello surge una brecha insalvable, no por el alejamiento físico, sino por el destino que seguirá cada uno en el futuro: “Y me voy dando cuenta que ya no pensamos igual, o que, por lo menos, nada es eterno, lo que ya es comprender bastante. Optaste mal, elegiste mal, actuaste mal, y espero que te des [*sic*] cuenta, espero que sí” (p. 94). Esto tendrá como resultado el surgimiento de la dicotomía

²⁵ Korinfeld, *Experiencias del exilio* [n. 21], p. 14.

exiliado/desaparecido, puesto que Abel salvará su vida al llegar a México y Pablo terminará con un paradero incierto, sólo con algunos rumores que señalan su asesinato.

Abel vivirá con culpa parte de su adolescencia en México, padeciendo ansiedad, odio, soledad y aislamiento. En un momento dado escribe un poema que refleja su sentir: “El exiliado es una rata. / Rata por escabullirse en la penumbra. / Rata por cobarde. / Rata por asustado. / Rata por perseguido” (p. 150). En consecuencia, la idea de que su vida se traduce en muerte para sus ex compañeros se vuelve recurrente en él. No nos referimos a la muerte como metáfora, sino en un sentido literal; el protagonista cree que mata a su hermano y a sus amigos por estar vivo, por haberse exiliado. De ahí que, tras su llegada a México, no se permita hacer planes a futuro que no estén enfocados en el regreso a Argentina, tampoco se consiente tener pareja ni amigos; no debe reír, cantar ni ser feliz, pues con ello estaría matando a sus compañeros.

La expresión más clara de lo anterior la encontramos cuando Abel y su amigo Robledo ensayan una canción para tocar en una peña y a este último le informan del asesinato de su hermano Hugo en Córdoba:

Cuando bajé el puente sobre la calle Hudson me lo encontré de frente. Estaba sentado, con las manos sobre las rodillas, con los ojos fijos en el torrente de autos que no dejaban de pasar hacia el norte, hacia La Raza. Me senté a su lado y dije puta madre Robledo, qué hijos de puta. A Robledo le sangraban los nudillos de la mano derecha y yo pensé que le salía muy bien la segunda voz de La Niña de Guatemala [...] Tuve ganas de decirle vení Robledo, mejor sigamos cantando, a nosotros nos sale mejor que a ellos, vení, vamos a cantar, que todavía no terminamos de poner la canción y Huguito ya está muerto, ya está tirado en la vereda de una calle de Córdoba [...] Vení Roble, mejor sigamos cantando porque si dejamos de cantar se mueren otros o *mejor ya no cantemos nunca más Robledo, porque es al revés y con cada canción que le sumamos al repertorio un compañero desaparece*, cada barrio nuevo que conocemos, Robledo, ya no salgamos más, no quiero que conozcamos nada más de esta ciudad hija de puta, Coyoacán es un fusilado, Mixcoac un desaparecido; si vamos al Zócalo un compañero va a cantar la dirección de otro compañero [...] Joaquín dijo que te mataron a Hugo, porque *no sabe que somos nosotros los que matamos a los que se quedaron en Córdoba, Roble, por andar cantando y conociendo esta ciudad* (pp. 139-140. Las cursivas son mías).

Asimismo, lo más doloroso del exilio de Abel es no estar en Argentina cuando desaparecen a su hermano Pablo, sentir que no pudo ayudarlo sacrificándose por él, como dictaban las instrucciones milicianas, y que debido a ello lo aprehendieron. El sentimiento de culpa, a la distancia, lo corroe. La última vez que Abel vio a su hermano estaba *detrás del vidrio* de un taxi, en Córdoba, después de pedirle junto a sus padres que saliera al exilio. Abel rememora el episodio, arrepentido por no haberle rogado que se fueran juntos, que siguieran en el destierro el camino que habían construido: “no pude decirle Pablo, no vale la pena la muerte, le vamos a arruinar la vida a los viejos, no pude decirle que nos vayamos juntos [...] vamos a México o vamos a donde vos quieras, pero vamos juntos, no importa todo lo demás, Pablo, las revoluciones se van a hacer sin nosotros de todos modos” (p. 73). Tras esto, la imagen de Pablo quedará estática para siempre, se volverá intocable detrás de ese vidrio opaco que lo separa de Abel, sin envejecer, suspendido en el tiempo: “El taxi se detuvo. Pablo se subió, cerró la puerta. Detrás del vidrio de la ventana del taxi me miró hasta que el taxi se alejó y nunca más lo volví a ver” (*ibid.*).

Sorpresivamente, el fin del sentimiento de culpa de Abel y el paso a la madurez que dicta la novela de formación se relacionan con la adopción de la Ciudad de México como un espacio propio. El descubrimiento de las calles, los parques, plazas y, sobre todo, de la gente, va transformando su antigua percepción de la militancia y lo lleva a abandonar su deseo de regresar a Argentina para reincorporarse a la lucha revolucionaria. Cuando inicia el exilio, no sabe nada del país de recepción, no le interesa, piensa que será una estancia pasajera: “México era solamente el lugar vacío, hueco, anónimo, indiferente, ajeno, en donde me decían que iba a poder esperar las condiciones para regresar a la Argentina, sin temor a morir o a ser torturado” (p. 78). Sin embargo, aquellas calles que para él llegaron a significar la muerte de sus compañeros se vuelven espacios habitables, proyectos futuros, su trabajo como bibliotecario deja de ser una vía para conseguir el dinero que lo llevaría de vuelta a Córdoba. La Ciudad de México, antes vacía, se llena de música, sabores y gente; conoce a Nina, hija de su jefa, con quien inicia una relación. Al lado de Nina comienza a salir al cine, a comer pizza, a recorrer las calles sin culpa. Al mismo tiempo,

en Argentina, Pablo parecía seguir un destino contrario: “una noche [...] mi madre habló por teléfono para avisarnos que Pablo había desaparecido” (p. 142). Como si una vez más la relación entre hermanos necesitara equilibrarse, formando una ecuación inversamente proporcional: a más vida de Abel, menos de Pablo. Su desaparición sería el límite.

No obstante, el proceso de maduración del protagonista, su formación, no encuentra vuelta atrás. Aunada al profundo dolor tras la muerte de su hermano, es capaz de continuar su incorporación a México: “Todo empezaba a mezclarse pero sin tocarse, como si cada cosa, cada recuerdo, cada nuevo descubrimiento, pudiera mantenerse diferenciado del resto, como si en mi memoria cada imagen pudiera tener un lugar, porque todo yo estaba separado, dividido en infinitas fracciones que convivían pero no se tocaban” (p. 153). A la ciudad no le importaba que Pablo estuviera desaparecido, ni que Ana se uniera a las Madres de Plaza de Mayo (comienzo de su militancia) para buscarlo. Esta urbe fagocitadora acoge a Abel y deglute su pasado doloroso: “la ciudad se tragaba desafortadamente uno por uno mis recuerdos, ciega a todo reclamo, indiferente” (*ibid.*). Los recuerdos del protagonista sobre Argentina conviven con su presente en México y con la promesa de un futuro; la ciudad lo penetra, se cuela por sus poros hasta el punto en que es capaz de imaginar una vida distinta con Graciela, su segunda pareja, sin culparse más por la muerte de su hermano y amigos. Finalmente, su incorporación definitiva a México se da cuando Abel comienza a soñar con una vida rutinaria, alejado de la militancia y la lucha armada; la adolescencia comienza a quedar atrás para dar paso a una vida hipotética, distinta a su pasado, pero sobre todo una vida que él mismo está eligiendo: “con ella [Graciela] era posible imaginar un mundo organizado, con hijos, con cocina, con televisión a las diez de la noche, y aunque para su familia yo era demasiado judío, demasiado extranjero, demasiado joven, demasiado ateo, terminamos una noche besándonos y jurando que por fin nos habíamos encontrado” (p. 154).

4. Regresar... ¿a dónde?

HACIA finales de 1982, la gran mayoría de exiliados en la Ciudad de México comenzó a planear su regreso a Argentina, entre ellos

se volvieron comunes las fiestas de despedida. Las pláticas en el café de la librería Gandhi, en Coyoacán, se centraron en los asuntos que dejarían pendientes, los lugares que echarían de menos y la forma en que harían su mudanza. Los muchos objetos adquiridos durante el destierro —transportados en contenedores— algún día formarían parte de ese archivo itinerante del exilio.²⁶ El regreso se vivió de distintas formas, muchos tuvieron la oportunidad de hacerlo gradualmente, a diferencia de la llegada. Sin embargo, los más jóvenes vivirían nuevamente las consecuencias de una decisión de la que no fueron partícipes.

Para el protagonista de *Detrás del vidrio*, el regreso significó algo distinto. Poco a poco tuvo que despedirse de sus amigos argentinos que volvían a casa: Robledo, Joaquín, María, Lucía etc. Entretanto, Abel permanecía indeciso, sin saber qué hacer; después de desear tantas veces volver a Córdoba, ahora no tenía un motivo de peso: muchos de sus amigos habían muerto o seguían exiliados en otros países, Pablo estaba desaparecido y su madre lo buscaba desafortunadamente. Además, ya tenía una vida en México, había sabido adaptarse al cambio y crear distintas filiaciones con la cultura y las personas.

Sin embargo, una vez más el portafolios negro será el depositario de las pistas para entender el proceso que vive el protagonista. Abel decide hacer un viaje a Córdoba, aunque no para quedarse a vivir, sino para despedirse de los recuerdos de su hermano y de su adolescencia. Así lo demuestran los papeles de su “Diario de viaje” hacia el final de la novela; ya el título nos da a entender que este trayecto no es un regreso definitivo, pues las personas “viajan” por un lugar de paso, tal vez a algún sitio ya conocido o de vacaciones, mas no “se viaja” al lugar de residencia.

El diario nos deja saber que al llegar a Córdoba, Abel se encuentra con una ciudad desconocida; en su ausencia las calles han cambiado drásticamente y las personas que habitan la ciudad no for-

²⁶ Para ahondar en la temática de los regresos véase Inés Ulanovsky, “Que tengan buen viaje”, *Anfibia* (Provincia de Buenos Aires, UNSAM), 23 de enero de 2018, en DE: <<http://revistaanfibia.com/cronica/que-tengan-buen-viaje/>>; Tununa Mercado, *En estado de memoria*, Buenos Aires, Ada Korn, 1990; Noé Jitrik, *La Nopalera: relatos*, La Plata, Al margen, 2016; y Jorge Luis Bernetti y Mempo Giardinelli, *México: el exilio que hemos vivido. Memoria del exilio argentino en México durante la dictadura, 1976-1983*, Bernal, Provincia de Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

man parte de su generación ni comparten sus experiencias: “¿Quién fue amigo del negro Walter, quién es sobreviviente de un campo, quién estuvo estos años en España, o en Suecia, o en Holanda, y ahora está acá, como yo, sin saber qué hacer?” (p. 158). Abel se encuentra con una ciudad llena de reminiscencias de personas que ya no existen, con fantasmas del pasado. Córdoba ahora representa una vida lejana, atrapada en el tiempo y, como parte de ella, su militancia, la adolescencia, los desaparecidos, el dolor etcétera.

Su principal objetivo al realizar el viaje no es quedarse, sino conocer las huellas finales de su hermano; así se entera que su último rastro estuvo en la ciudad de La Plata, en donde alguien asegura que a Pablo lo persiguieron siete policías hasta la azotea de un edificio del cual no pudo escapar. Después de vaciar su pistola, en ese mismo lugar lo acribillaron, solo, cansado y orgulloso: “herido o muerto como estaba, en ese momento, empezó a desaparecer” (p. 161). Otra mujer a quien lo habían referido le dice que no recuerda a su hermano, le da ánimos para que siga con la búsqueda y le advierte que es difícil encontrar a un desaparecido, pues la tarea puede llevar toda la vida a los familiares y sólo algunos pocos son localizados. En ese momento, Abel se enfrenta al dilema de dedicar su vida a la búsqueda de su hermano en Argentina o regresar a la vida construida en el exilio: “y yo volví a Córdoba sin poder decidir si mi vida iba a ser buscar a Pablo, su cuerpo, o tan siquiera unas palabras” (p. 160).

La respuesta a tal dilema no será una afirmación o negación explícita, se resolverá con la decisión de regresar a México, acto que lo independiza definitivamente de su hermano, a la vez que lo aleja de su militancia guerrillera. Para entonces Abel ha cambiado y Pablo seguirá siendo el mismo en ese *mundo-otro*, lleno de imágenes recurrentes, de recuerdos melancólicos, de fantasmas y, sobre todo, de seres ausentes. La figura de Pablo quedará estática detrás del vidrio que lo separó de su hermano y, aunque no podemos afirmar que se trate de un final “feliz”, en términos del *Bildungsroman*, adoptar a México como su nuevo hogar le brinda a Abel serenidad y cobijo. Así termina un viaje largo, algunas veces doloroso, otras placentero, pero siempre de descubrimiento y exploración personal: “Regresé a México, hace diez años. Aquí vivo [...] Quizás, como a veces he soñado, nunca salí de Ezeiza” (p. 164).

RESUMEN

Estudio de la novela *Detrás del vidrio* (2000), del argentino Sergio Schmucler, a partir de tres ejes temáticos: literatura de formación (*Bildungsroman*), archivos clandestinos e itinerantes y militancia guerrillera adolescente. El análisis recaerá en la transformación del protagonista, un adolescente miembro de la organización peronista Montoneros, que se exilia en México durante la última dictadura argentina (1976-1983) y en cómo las experiencias que vive en la ciudad de recepción lo llevan a cuestionarse el regreso a su país, aunque esto pudiera significar no buscar a su hermano desaparecido y abandonar a su madre que clama justicia. Lo anterior en el contexto de la literatura del exilio argentino.

Palabras clave: dictadura argentina, exilio político, literatura argenmex, literatura y archivo.

ABSTRACT

Analysis of the novel *Detrás del vidrio* (2000), by Argentinian Sergio Schmucler, based on three core areas: *Bildungsroman*, clandestine and itinerant archives, and guerrilla militancy during adolescence. The author examines the transformation of a teenager part of the Peronist group Montoneros, exiled in Mexico during the last Argentinian dictatorship (1976-1983), and how what he goes through in this city urges him to ponder whether to go back to Argentina, a decision that would hinder him from looking for his missing brother and to abandon his justice-seeking mother. All of this in the context of Argentinian exiled literature.

Key words: Argentinian dictatorship, political exile, Argenmex literature, archive and literature.